

HERALDO CARLOS LAMELZA Y CRISTINA LIDIA KALTENBACH

25 de septiembre de 1976

“Si te cuento lo que fue no me lo vas a creer...”, Oscar se acomodó en la silla y continuó con su relato, “... fue el día de la primavera del 73, la Montevideo estaba de bote a bote, llena de pibes y pibas de la secundaria, también mucha gente grande. A partir de una iniciativa del CEYE, se organizó un desfile de carrozas hechas por divisiones del secundario y culminaba a la nohecita con un recital de música en el Parque Cívico. Daniel Román y el Negro Heraldo se pusieron al hombro la organización de la primera concentración estudiantil en democracia. A pesar de que ellos eran del ‘Comercial’ y nosotros del ‘Bachiller’ nos sumamos con todo. Esa tarde desfilamos con la carroza que armamos sobre un acoplado que fuimos a buscar a Gorina, al campo del padre de Néstor Silva. Adelante vestido de yankee, el flaco Salvagni caminaba con una galera alta en la cabeza. Era tan flaco y largo que parecía una de esas caricaturas del imperialismo. Con el ruso Podashevsky lo llevábamos atado con una sogá, simulando que estaba preso. Atrás venía Gerardo con un vestido rojo a lunares y Jorge tocando el bombo. Cuando llegamos a la altura de la Sociedad Italiana, sacamos una bandera de EEUU armada con papeles y la prendimos fuego. Pegado a nosotros un carro tirado por un caballo se asustó y desde la carroza del ‘Casamiento de Romeo y Julieta’ con un cartel que llevaban Norma Marturano y Patricia Mantini nos miraban entre asombrados y espantados. Daniel subido a la autobomba de los Bomberos Voluntarios nos saludaba con los dedos en V y Heraldo Lamelza desde el escenario subía la música”. La Montevideo estaba cortada totalmente por



esa convocatoria que había sorprendido a todo el mundo. Los días previos, los estudiantes de más de 20 divisiones del secundario y la colectividad lituana “Nemunas”, echando mano a lo que tenían, armaron y montaron las carrozas en lo que pudieron, en camiones, camionetas, autos antiguos, algún De Carlo 600 o viejos Jeep de la Segunda Guerra Mundial. Todos querían estar. *“Desfilamos desde la Perseverancia (13) hasta la Nápoles (9) cada una con su temática, algunas sobre la primavera, otras cómicas o políticas como la nuestra, que lucía con orgullo en el frente del camión un 4°C pintado en azul sobre fondo blanco. Mirá lo que son las cosas...”* concluía Oscar su relato, *“... de la quinta donde fuimos a buscar el acoplado en Gorina, se llevaron a nuestros compañeros Néstor Silva y Norma Del Missier”*. Ese viernes a la noche, en vísperas del triunfo electoral de la fórmula Perón-Perón, el grupo de rock “Espejismo”, formado por chicos de la ciudad, la rompió. En el centro del escenario, un cartel del Centro de Estudiantes y Egresados de Berisso a cada lado, uno que mencionaba la primera concentración estudiantil y el otro de manera contundente pedía *“Hunde tus raíces en el Pueblo”*. Todo auspiciado por la Cooperativa Popular de Crédito de Berisso, que funcionaba en el Hogar Social, donde después de finalizar la secundaria, Heraldó con su compañera Cristina Kaltenbach, terminarían trabajando.

Cristina nació el 29 de mayo de 1956 en La Plata. Realizó sus estudios primarios en la Escuela N°8, e ingresó al Liceo Víctor Mercante en 1969. Cursó de 1° a 3° año en la división A, junto con Irene Mucciolo, jugadora de vóley de Gimnasia y Esgrima La Plata, e Isabel Loedel, prima de la berissense Mercedes Maiztegui. Las tres fueron desaparecidas. En 1972 tramitó el pase a la Escuela Normal N°1 y en el año 74 ingresó en la carrera de Contador Público de la Facultad de Ciencias Económicas.

En los recreos de la secundaria, Heraldó y Memo Manso pasaban música que *“... disfrutábamos mientras fumábamos a escondidas un cigarrillo detrás del kiosco, en el patio que bordea el arroyo. Hoy vienen los recuerdos de la escuela, de los amigos, del Negro con sus poemas a medio hacer sobre los cipayos y vende patrias a los que les ponía música. El estudiar juntos cuando una materia se nos escapaba (...) la voz hermosísima de Norma resonando en el salón de actos (...) todos nuestros sueños, nuestras ganas de ser mejores para brindárselo a nuestra gente (...) en esa época no hablábamos de evolución porque éramos eso: amor en gracia. Estoy seguro que éramos peligrosos para los enemigos de la libertad, eso, no solamente me hace sentir orgulloso sino que da sentido a todo este andar de hoy en día. Gracias a Heraldó Lamelza y a todos los que nos dieron esos momentos inigualables de cultura, amor y esperanza. La lucha sigue y será hasta la victoria”* afirmó Memo.

Sobre la calle Montevideo, en una casa del Barrio Banco Provincia entre las calles 33 y 34, Luisito Ramírez, compañero y amigo del Negro Heraldó, mencionaba *“que era un chico fuerte, buen jugador de fútbol, un poco desprolijo pero muy aguerrido. Es imposible no recordar con una sonrisa, cuánto le costaba peinar su indomable pelo mota”*. Después de jugar todas las tardes en el fondo del barrio, Gerardo Pacheco recordaba que *“embarrados y transpirados, tomábamos alguna cerveza en la puerta de la casa de Luis (...) se hablaba de todo, de política en una clave distraída (...) lo que primaba en esos días de 1975 era el ambiente agresivo que preludiaba, sin llegar a poder intuirse, la intensidad del dolor que se abatiría sobre la Argentina”*. El Negro tenía intereses culturales que despuntaba en el llamado “Grupo Vocacional de Renovación Cultural” en el que confluían jóvenes, muy jóvenes. Un grupo abierto y amplio con intención de transformar la realidad que había dejado la dictadura de

Onganía y Lanusse; también sumaba su voz en el coro de la Escuela de Enseñanza Media que dirigía el entrañable profesor Rodolfo Agnusdei, junto a sus compañeras Silvia Negreiro, Any Simer y Norma del Missier.

El “Operativo Independencia”, ordenado por la presidenta Isabel Perón, desplegó más de 5000 hombres en el territorio tucumano con el fin de acabar con la Compañía de Monte “Ramón Rosa Jiménez” del ERP, que estaba combatiendo en esa provincia. El plan para terminar con la “subversión apátrida” no era subir a los cerros en busca de los guerrilleros, sino en utilizar lo que el jefe del operativo general Acdel Vilas llamó “métodos no convencionales”, que incluían la instalación en la provincia de los primeros centros clandestinos de detención que conoció la Argentina. En ellos serían torturados y asesinados en democracia, cientos de argentinos sospechosos de simpatizar con la lucha armada o, simplemente, por tener ideas de izquierda. Carlos Berenze recordaba que *“... nos reunimos en la Pizzería de Nino al lado del cine Victoria, los dos integrábamos la Juventud Guevarista, Heraldo era un referente del PRT-ERP. A pesar de su juventud era una persona muy formada, serio y ubicado. Gran lector de los clásicos marxistas, capaz de darte vuelta en una discusión. Después de intercambiar informaciones sobre lo que estaba sucediendo, le comenté que pensaba irme al monte, a pelear en Tucumán, guardó un prudente silencio, al día de hoy cada vez que me acuerdo me sigo emocionando, me miró y con esa voz aplomada que tenía me dijo no vayas, te van a matar”*.

El 25 de septiembre de 1976, personas uniformadas rompieron la puerta de la casa de Diagonal 74 N°1934 cerca del cementerio de La Plata. Llegaron de madrugada, Heraldo y Cristina tenían 20 años, eran estudiantes de ciencias económicas y trabajaban en lo que era el Banco Cooperativo de Berisso. Compartían la vivienda con la mamá de Cristina, que dormía en la misma habitación con su nieto de 5 meses, que en homenaje al “Che” Guevara, lleva como segundo nombre el de Ernesto. Después de ingresar según pudo reconstruirse, uno de los militares dirigiéndose a Cristina dijo *“... miralo bien a tu hijo porque no lo vas a ver más”*. Carlos Ernesto Lamelza, en el 2004 declaró en el “Juicio por la Verdad” que *“... viví durante 27 años sin mis padres, durante 15 con una habitación vacía al lado de la mía, porque mi abuela no movió nada, dejó los muebles tal cual estaban, esperaba que volvieran y bueno, no fue así. Mi abuela materna desgraciadamente ya fallecida, fue la que me crió hasta los 20 años, cuando me independicé”*.

Múltiples acciones realizaron sus familiares, presentaron Habeas Corpus en más de una oportunidad, solicitaron audiencias con autoridades militares y fueron a ver al secretario del vicariato castrense, monseñor Emilio Graselli. La Cámara Federal en 1999 secuestró el fichero de desaparecidos del clérigo, que tenía una ficha con este caso. Allí se indicaba “N/D”, que podría significar “no hay datos”. El Juez Leopoldo Schiffrin señaló que, en sus dos testimonios *“... uno de los grandes problemas, es el silencio total que guarda monseñor Graselli. Nos hemos cansado de interrogarlo frente a estas cuestiones, porque hay indicios de que hay más, que él disponía de más documentación y sabe mucho más, Graselli nunca fue preciso acerca de sus anotaciones. Acá hubo ocultamiento de datos”*, se despachó el Juez Schiffrin.

Luis no podía parar de llorar, cuando se confirmó que el Negro y su compañera no aparecían por ningún lado; en esos momentos la “desaparición forzada” era una innovación que el pueblo argentino desconocía y que después confirmaría que aquel llanto de Luis era premonitorio. La pareja fue vista por sobrevivientes en el Centro Clandestino de Detención “Destacamento